ban en las parihuelas de los pobres entre dos enterradores solamente porque no pesaba nada y quizás no era nada como la Verdad con la que él decía que se había desposado.

La viuda Van den Velden comenzó a limpiar el cuarto y, si no hubiese sido por las manchas de sangre, no habría acertado a pensar que había tenido un huésped. Aunque también había por allí un poco de polvo de cristales bruñidos y, luego, los papeles, y la Biblia embadurnada con estiércol humano por los capítulos del Génesis y de San Pablo.

DOS POEMAS DE *TANTAS DEVASTACIONES*

La última rosa

Mírala, como una llama roja
la última rosa del otoño.
¡Oh, Hijo del Hombre! ¿Redimiste
al mundo del pecado y la muerte?
¿Por qué, entonces, ya no veré el fulgor
de esta rosa jamás? ¿Por qué el dorado
poder del sol no puede sostenerla
para nuestro consuelo de mortales?
El topo cava su sinuosa madriguera
y no le importa, pero
¿y los que vamos a morir, Hijo del
[Hombre?

La primera helada

No hay ni una flor erguida,
ni un tardío evónimo indultado,
ni apenas hojas sin herrumbre.
La helada pasó quedamente por la noche
como el ángel de Egipto
y dejó las sangrientas señales de sus
[dedos
de fuego o de cristal.
Nada perdonó su furia, mientras yo
[dormía,
convencido de la piedad y la hermosura
de los ángeles.

Nuevo castellano viejo

Pedro Laín Entralgo

Llamo "viejo castellano viejo" al que Larra caricaturizó en su artículo famoso: el español conformista y campechano que, traspuesta la exaltación grandiosa y terrible de la Contrarreforma y el Barroco, constituye la clase media urbana de la ancha Castilla, Madrid incluido; con lo cual estoy diciendo que muy deliberadamente quiero deslindarle de los limitados, pero admirables castellanos viejos intrahistóricos que Miguel Delibes ejemplificó con su espléndido y no siempre bien entendido "señor Cayo". Por contraposición con aquél, llamaré "nuevo castellano viejo" al que sin renegar de su castellanía y de lo que ésta comporta, al contrario, exhibiéndola como no caduco título de nobleza, ha decidido y sabido ejercitarla rompiendo, por lo pronto, con las dos notas más definitorias de la que Larra tan a lo vivo pintó, el conformismo y la campechanía. Conformismo: la semiconsciente voluntad habitual de vivir arropado en los restos de una tradición más recordada que eficaz. Campechanía: esa degradación de la gran sencillez antigua –la de Teresa de Jesús, la de Cervantes– subyacente al "Nosotros los castellanos, al pan, pan, y al vino, vino". Jorge Guillén, Rosa Chacel, Antonio Tovar, Julián Marías y Miguel Delibes son, entre las gentes de pluma, nuevos castellanos viejos. Y a la par de ellos, muy delicada y medularmente, José Jiménez Lozano.

¿Cuándo comienza a perfilarse histórica y socialmente la figura del nuevo castellano viejo? ¿Con los que a fines del siglo XVIII integraban las no muy florecientes Sociedades Económicas de Amigos del País –véase en el minucioso estudio de Georges Demerson una estampa, conmovedora estampa, de la abulense– dispersas por las ciudades de Castilla la Vieja? ¿Con don Jacinto Bejarano, el cura de Riofrío que Azorín resucitó en las páginas de *Un pueblecito?* ¿Con el Juan Martín *el Empecinado* ulterior a la Guerra de la Independencia? Díganlo los historiadores que sepan percibir el latido de lo incipiente. Yo sólo puedo decir cómo veo la nueva castellanía vieja del hombre y escritor José Jiménez Lozano; cómo es, o cómo lo entiendo yo, el personal modo de la ruptura de este hombre y este escritor con el conformismo y la campechanía de los tantos y tantos viejos castellanos viejos que desde la segunda mitad del siglo XVII han poblado nuestra meseta central o desde ella han venido a engrosar el variopinto rompeolas madrileño.

La conformidad del castellano conformista le llevará a instalar su vida en el centro de lo más consabido y tópico acerca de Castilla, en el conjunto de hazañas, ideas y valores que, trasladando a nuestro tema el tan repetido concepto del historiador de la ciencia Th.S. Kuhn, bien podríamos denominar "paradigma de la existencia castellana"; ése que se inició con Fernán González y Mío Cid, sufrió el quebranto de los Comuneros, dio nervio y vuelo a la gloria de Teresa y Juan de la Cruz, San Quintín y Lepanto, Lope y Calderón, y duró mientras hubo hombres que Europa adelante iban resumiendo así su biografía: "Castilla mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura". Conformidad tanto más cómoda, cuanto que desde los albores del siglo XVIII ya no podía exigir de sus adeptos continuidad viva y había de limitarse a la añoranza y el panegírico. Mírese la España en que vivimos y dígase si, nacidos en Valladolid o en Burgos, en Badajoz o en Albacete, no hay todavía españoles cuyo canon es o parece ser esa vieja castellanía de castellano viejo.

Qué distinta de ella la nueva castellanía del castellano viejo José Jiménez Lozano. No porque este hombre reniegue de la pasada grandeza de sus mayores, y menos, ya lo indiqué, de su radical condición castellana –bien lo acreditan sus volanderos apuntes acerca de la relación entre cristianos y judíos en la Castilla anterior a los Reyes Católicos y sobre la piedad de los castellanos hacia los moriscos camino del exilio–, sino porque tres poderosas razones, una religiosa, su cristianísima manera de vivir el cristianismo antes como amor que como código, otra histórica y política, un modo de entender el menester de la España actual según la línea que nace en el regeneracionismo, el socialismo originario, Giner de los Ríos y lo más perdurable del espíritu noventayochista, y otra intelectual, la íntima convicción de que son las zonas de inseguridad y límite, las franjas de la existencia en que se hace temerosa y prometedora la instalación en el mundo, donde mejor se revela la más entrañable verdad de los pueblos y los hombres, le han movido siempre a dejar lo consabido y tópico, en este caso el paradigma de la castellanía antes nombrado, y a buscar lo que sea esencial y revelador en lo marginal y preterido; o a situarse él mismo en zonas marginales, pero extrañamente auténticas, de la castellanía, para desde ellas contemplar con mirada

no usual y comprender con luz nueva la realidad de la historia y de los hombres.

A título de ejemplo, he aquí a nuestro escritor ante la figura viviente de un hombre real, Tomas de Aquino. ¿Para qué? ¿Para cantar una vez más su grandeza como santo, como pensador y como teólogo de Cristo? ¿Para, por el contrario, vituperar de nuevo su desmedida aristotelización del cristianismo? No. Fiel a lo más central y a lo menos tópico del gran hombre y gran teólogo del siglo XIII, Jiménez Lozano preferirá ver en él lo que real y verdaderamente entonces fue: un pensador libre y osado –"el primer liberal", *the first whig,* se complace en llamarle, con sir Henry Slesser– que permitió a la idea cristiana de Dios y de la dignidad de sus criaturas caminar sin trabas hacia el futuro; el varón que con claro ánimo y fuerte inteligencia, aun a trueque de pasar por materialista y ser ocasionalmente condenado, se lanzó a resolver los problemas que su tiempo le ofrecía, aquellos y no los nuestros; o, si se me consiente ilustrar esa actitud hermenéutica con un mínimo hallazgo mío, el santo para el cual el acto del que cree es de algún modo equiparable al acto del que duda, del que opina y del que sospecha *(Summa Theologica,* II-II, q. 2 a. 1). Porque más, bastante más que su colosal sistema filosófico-teológico, esto es lo que hoy –quede aparte la santidad de su alma y su conducta– hace ejemplar al autor de esa *Summa.* Actitud y visión bien propias del nuevo castellano viejo que es José Jiménez Lozano.

Pasemos de la consideración de hombres singulares a la comprensión de realidades y situaciones históricas. ¿Quién sino un castellano deliberadamente marginal hubiese podido entender desde Castilla tan lúcida y amorosamente como Jiménez Lozano, léase *Historia de un otoño,* lo que en Francia y en la Iglesia toda fueron el jansenismo y Port-Royal? ¿Quién sino un escritor tan honda y finamente movido por el amor a la verdad y a los hombres marginados habría acometido la empresa de historiar la realidad religiosa y social de los cementerios civiles, los humildísimos "corralillos" de los pueblos de Castilla? Y entre los españoles mental y afectivamente incitados por la obra de Américo Castro, ¿quién ha sabido aplicarla con tanta sutileza a la intelección histórica de lo que le es más próximo, la tierra en que nació y vive, como el recientísimo autor de *Sobre judíos, moriscos y conversos?* Todo ello, hay que subrayarlo, a mil leguas de la campechanía de que hacía gala el viejo castellano viejo de Larra, todavía perceptible en tantos hispanos de su linaje; antes con la sencilla dignidad de quien desde su calma letrada y meditabunda de Alcazarén, aldea de nombre e iglesia

mudéjares, día a día sabe ser cristiano de verdad, castellano del hoy más vivo y ejemplar ciudadano del mundo.

¿Conoceremos una Castilla en la cual sean los nuevos castellanos viejos quienes intelectual y políticamente den la pauta del vivir colectivo; una comunidad castellana en que sea oída y seguida la recoleta lección que desde ella misma le está dando la nueva castellanía de José Jiménez Lozano y de quienes, cada uno a su modo, con él la comparten? Mucho nos importa a todos los españoles que esa interrogación tenga pronto una respuesta claramente afirmativa.

Jiménez Lozano, un buceador de la trascendencia

Rafael Conte

La personalidad pública de José Jiménez Lozano es ya bien conocida desde hace varios lustros; sobre todo a partir de aquellas inolvidables "Cartas de un cristiano impaciente", que publicaba en la desaparecida revista barcelonesa *Destino.* Escritor y periodista, historiador poco académico, pensador obsesionado por lo espiritual, la mayor parte de su obra se ha repartido en la prensa, en periódicos y revistas, desde su castellano *El Norte de Castilla,* hasta las páginas de *El País* donde su firma ya es habitual.

Su asistencia como informador a las tareas del concilio Vaticano II vertebró, alentó y difundió su labor de publicista incansable, descubridor y debelador tenaz de toda suerte de vicios y corruptelas del catolicismo español. Pero esta tarea difícil, dura y muchas veces incomprendida en aquellos años sesenta, no brotaba solamente de una voluntad de modernización a ultranza, de *aggiornamento* –como se decía entonces–, sino también, y tal vez más, de una especie de sabiduría antigua surgida de los meandros de la historia, de viejas raíces que se hundían en los entresijos de realidades por lo general escondidas y olvidadas.

En realidad, su obra aparece ya a estas alturas –con más de diez libros publicados, aparte de su labor estrictamente periodística– como la de un pensador, un investigador, resueltamente radical y personal, de eso que podría llamarse *lo religioso,* los distintos avatares que la plasmación de lo espiritual reviste en la historia y la sociedad española a lo largo de los siglos. Una extensa y profunda cultura, teológica, religiosa, histórica y literaria, apoya sus textos, hasta hacerlos inatacables. Y, al mismo tiempo, una vocación estrictamente *literaria,* una búsqueda pertinaz del *estilo,* asimilan sus argumentos a descripciones, sus testimonios a relatos, y sus artículos se desgranan como breves narraciones, apenas disimuladas.

Más que un ensayista

Su bibliografía se inicia, según creo, en 1966, con la publicación de *Meditación española sobre la libertad religiosa.* Fruto directo de su experiencia en el Vaticano II, este trabajo fue seguido por